

Poesías y otros versos

(Antología)

Juan Romeu Fernández

Hay miradas que tienen un cariño de años
Hay manos arrugadas que aún sienten amor
Y aunque el tiempo deshoje en segundos la vida
hay pétalos que duran mucho más que el dolor.

La vida cansa, cansa al cuerpo y a los labios.
La primavera no vuelve del mismo color,
pero jamás cincuenta años de amor verdadero
consiguen apagar el corazón.

Por eso mis abuelos se aman todavía.
No importa que con ellos envejeciera el amor.
En tantos años caben más días, más recuerdos,
más ganas de vivir una vida siendo dos.

Y aunque ya no se besen con la fuerza de entonces,
porque ya no les caben más besos alrededor,
les queda todavía el amor de una mirada,
más nublada que ayer pero llena de pasión.

Los abuelos han vuelto a casarse y sólo existen
pequeñas diferencias con su joven amor:
las canas en el pelo, los hijos y los nietos
y un amor que no muere, aunque se haya hecho mayor.

Por el lejano horizonte
veo un barco abanderado,
sale el sol detrás del monte,
mis ojos quedan cegados.

El sol pega en esas sedas
de las velas, me refiero:
En tus banderas me enredas
¡Oh magnífico velero!

Ya no te puedo ver bien,
la noche cayendo está,
mis ojos quedan cegados.
¡Adiós, no me hagas llorar!

1996.

VILLANCICO ROMANCERO

En el portal de Belén
hoy ha nacido un niño,
al que le llaman Jesús,
entre mulas y borricos.

Todos los pastores llegan
a ver al niño Jesús,
quedan todos sorprendidos
al ver su fulgor y luz.

Y luego vienen los Reyes,
y le traen muchos regalos;
dejan a José y María
muy contentos y agradados.

Los pastores también traen
sus propias cosas al niño:
ovejas, vacas y leche,
agua, miel, maíz y trigo.

Es un niño muy rubio,
su cabello es de ángel,
es el salvador del mundo,
es el hijo de Dios Padre.

Sus padres están alegres

de tener un hijo santo,
San José le da la sopa,
la Virgen le está peinando.

El niño se está durmiendo
con la nana de su madre,
todos los pastores marchan
a dormir a sus hogares.

La Virgen y San José
se han quedado ya dormidos,
los tres santos ya reposan
entre leche, paja y trigo.

17 diciembre 1997

RAZONAMIENTOS POÉTICOS

Somos un sueño de Dios.

* * *

Siento que algunas veces
no me late el corazón.
¿Será por tristeza
o será por una flor?

* * *

Puedo ver que no estoy viendo,
puedo sentir que estoy llorando,
puedo respirar sin estar viviendo,
puedo hacer esto, pero
¿cuándo?

* * *

25 - 28 octubre 1997

No sólo se vive de amor,
sino de esperanza e ilusión.

Si la pasión crece
el odio decrece.

Si el amor vive,
el amor se recibe.

Quien da tiene,
quien tiene debe dar.

El egoísta es castigado
y al infierno es llevado.

Yo soy pobre, me alegro.
Tú eres rico ¡al infierno!

No debemos esperar el amor
porque el amor no nos espera.

El amor hay que conseguirlo
porque el que ama tiene

y el que tiene
da.

30 octubre 1997

El amor ama,
la sonrisa ríe,
el agua fluye
y tú huyes.

Tu huyes del amor,
huyes de la sonrisa
y rechazas el agua.

Comes para vivir,
bebes porque tienes sed
y el amor para ti
es una anécdota sin sentido.

27 octubre 1997

Las campanas suenan,
mis pasos marcan
el camino del amor,
el camino de la muerte.

Madrid, jueves, 18 de diciembre de 1997.

El sol saluda a la noche
que, cuidadosamente, le tapa
con su colcha de fina plata
y luego se mete en su bote.

Un bote que pronto partirá
para llegar al mar
y ahí volver a nacer
el Sol, que tanto ilumina
de luz, abrigo y amor;

porque, la madre del Sol, la noche
enseña a su hijo amado
cómo amar sin recibir
más que el reflejo del agua.

Madrid, lunes, 29 de diciembre de 1997.

Nací para servir,
pero no serví de nada;

nací para amar
pero odié a mis compañeros;

nací para la vida,
pero la vida no me aceptó.

Nací, nací.
¿Para qué?
Nací para morir.

Madrid, lunes, 29 de diciembre de 1997 a las 0:04.

La noche calmada está
ya debo apagar la luz
me lanzo sobre la cama
y rezo al Niño Jesús.

Madrid, lunes, 29 de diciembre de 1997.

EN BUSCA DEL TESORO ESCONDIDO

Estábamos ya camino de León. Era un viaje aburrido, sin nadie con quien poder hablar, porque yo no conocía a ninguno de los peregrinos. Tenía siete años e iba camino de Santiago.

Por suerte, en una preciosa ermita donde nos albergamos, Santa María de la Fuente, se nos unió otro grupo que venía de Cataluña, de Navarra y el país Vasco, de Castilla y de otros lugares lejanos. De todos los nuevos, los que mejor me cayeron, por ser más agradables y por ayudarme tanto, fueron un tal don Francisco Javier y un tal don Íñigo.

Eran bastante extraños. Soportaban un ropaje áspero como de la Edad Media. Además, lo curioso es que parecía que nadie les veía, únicamente yo.

Del rostro de don Íñigo brotaba una espesa barba, andaba un poco raro, como si tuviera algo malo en las piernas. Don Francisco Javier era alto, esbelto y robusto, también lucía una espesa barba morena, como su cabello y su mirada.

En seguida, como si estuviéramos atrapados por una mutua atracción, nos hicimos amigos y siempre nos juntábamos para charlar.

- Kioh, amigo mío, ¿A dónde quieres llegar?

- A la catedral de Santiago, don Íñigo. ¿A dónde cree usted? A ver al Santo Patrón.
- ¿A embellecer tu mirada o a convertirte, como yo lo hice? Porque ¿sabes? soy de la Compañía, de la de Jesús por supuesto. Únete a nosotros y descubrirás lo que es ante todo amar y servir a los demás.

¡Qué raro! Don Íñigo sabía muchas cosas de esa Compañía, y de San Francisco de Asís, de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola.

Sabía mucho de armas antiguas, de no sé qué guerra de Navarra, era sin duda el peregrino más listo del mundo.
¡Qué bien me iba cayendo, y cada vez más!

Ya estábamos en Orense, don Francisco Javier nos había tenido que dejar en León porque había contraído una enfermedad muy rara en el brazo derecho.

En un descanso en el camino, me pidió don Íñigo:

- Kioh, podrías darme de beber, por favor, estoy sediento.
- Tome, don Íñigo.
- Gracias, Kioh, ya sabes que, ante todo amar y servir a los demás, desprecia los bienes de la tierra y busca tu tesoro en Dios.

No sé qué me pasaba, pero cada vez quería más a don Íñigo. Y él ejercía sobre mí una fuerza como un imán atrayéndome más y más hacia Dios.

Me enseñó a rezar. Yo que sólo me sabía a medias el Padre Nuestro, ahora podía decir algo como: “Tomad Señor y recibid...”. Ahora, sólo al oír esa primera frase me emociono.

Ya estábamos llegando a Santiago, cinco leguas nos separaban de la preciosa, inmensa y fantástica catedral.

Íñigo cada vez me enseñaba más cosas (gracias don Íñigo):

- Kioh, ante todo sé un instrumento de fe para Dios. Cuando logres cumplir todas mis enseñanzas, acuérdate de mí, Íñigo López de Loyola, porque entonces te tomaré de la mano y emprendaremos el viaje hacia la felicidad, el amor, la sonrisa, hacia Dios. Será como encontrar un tesoro escondido.

Al terminar de hablar, sin darme casi cuenta, Íñigo desapareció como una paloma blanca que halla la libertad.

Nada más ocurrir esto la gran catedral llamó a rezar con las campanas.

* * *

Desde entonces me planteo... ¿Por qué no seguir el consejo de don Íñigo, dejar todo como él e irme a buscar ese tesoro escondido?

Yo soy del alma enamorado
Yo soy de los labios beso
Yo soy de la noche estrella
Yo soy del silencio eco

Yo soy del agua pez alado
Yo soy del poema verso
Yo soy del amor flecha
Yo soy de la vida sueño

Madrid, 20 de agosto de 1999.

Siete versos menciono
con esta canción,
pero no quiero que sean
según la tradición,
sino quiero que tengan
una simple condición:
que no sean sólo siete,
sino que sean los que son.

Madrid, 23 de abril de 1998.

Con mi amor y mi amargura
encontré una ilusión
encontré lo que es amor
encontré lo que es ternura

Mas mi vida no perdura
si no es por tu corazón
y si no es por la flor
que en tu pecho ya madura

¡Cuántas veces te dejé
pensando que me querías
y a mi corazón odié!

¡Cuántas veces lamenté
haber perdido mi vida
tan sólo por un clavel!

Madrid, 23 de abril de 1999.

Fuerza, valor y coraje
son mi único equipaje
para mi largo, largo viaje.

Madrid, 6 de mayo de 1999.

Mi voz imploraba el saludo de la noche.
Mis latidos saltaron aterrados.
Mi amor odió a cuantos pudo
no era yo, no era yo, era yo.

Madrid, 6 de mayo de 1999.

SONETO A MI ABUELA

Claro era aquel día que despertaba.
Clara aquella luna que aparecía.
Claro era aquel soneto que escribía
a la abuela que, sin duda, me amaba.

El árbol de estrellas nos anunciaba
a la nueva flor que sola crecía.
Los cantos que el pájaro nos decía
reflejaban al Dios que nos soñaba.

Una hoja caía silenciosa.
Una gota nos vaciaba el vaso.
Una gata nos maullaba airosa.

Era la cumbre del amor humano.
El beso que decía tanta cosa.
El saber que Dios nos tiende la mano.

Madrid, 8 de mayo de 1999.

Las yolas

Sobre el mar duermen dos yolas,
agua limpia, viento calmado,
brisa suave, mar sosegado,
y aún bailan más sobre las olas.

Mueven al son sus velas solas,
reman siguiendo un pareado.
Y saben que nunca han amado
más que a las dulces caracolas.

Por eso voy a visitarlas
a las doce cada día,
que están sedientas vida mía

de compañeros y de charlas;
para señeras no dejarlas
de nuestro amor y compañía.

Madrid, 20 de mayo de 1999.

Si como te quise yo quieres quererme
Si quieres encender como yo la llama
Si no puedes evitar dejar de verme
Piensa un momento que Dios te ama

Si las flores mirando al sol ya no brotan
Si no puedes dormir sin mí en la cama
Si ves que las sonrisas se te agotan
Piensa un momento que Dios te llama

Y si ves imposible mi mirada
y ya no me ves por la ventana
Si crees que el Mundo no vale nada
Reza a tu Dios por la mañana.

Madrid, 14 de junio de 1999.

Busqué un corazón perdido
lejos de toda maldad;
anduve por todo camino, mas
no encontré la bondad.
Cuando volvía desesperado
allí estabas tú, Libertad.

Madrid, 26 de junio de 1999.

El mar está en silencio,
las olas no dejan de romper sordas,
el sol tiembla de miedo
y una nube hace sin parar sombra.

Veo el cielo y pienso:
¿quién pudiera pintar en tus alondras
silencios que den besos?
Ahora, un pez salta de alegría,
la ola rompe habladora,
vuelve al mar la luz encantadora.
Te veo, vida mía.

Madrid, 4 de julio de 1999.

Para aquél que no sueña por miedo a perderse
en caminos de hielo y en sendas doradas;
sin mirarse al espejo por miedo a no verse.

Para aquél que camina por mundos de hadas
por miedo a las sombras jamás viaja solo;
y en sueños encuentra sirenas aladas.

Para aquél que quisiera cantar como Apolo,
a Pitón la serpiente clavarle sus flechas,
gobernar como el héroe, a los vientos, Eolo.

Para aquél cuyas vidas serán frases hechas
y jamás ya podrá escaparse al destino.
Fortalezas sitiadas, murallas estrechas,

marcarán paso a paso su triste camino
de mañanas nubladas y noches oscuras;
con la muerte culmina medroso, su sino.

Para aquél que en su casa posea seguras
monedas antiguas y joyas preciosas,
y beba del río las aguas más puras.

Para aquél que entre todas las vidas hermosas
eligió la de estar por su bien, solitario
y contarle a sus libros montones de cosas.

Para aquél que a su mano ató un escapulario

que oyó a la muerte llegar un buen día
y sus cenizas murieron en un estuario.

Van dirigidas mis dulces poesías
palabras sublimes de un corazón
que fue por la vida sembrando alegría
para crear una vida mejor.

21.8.00

Para una de las mejores abuelas del Mundo.

Sin parar caían silvestres flores
sobre nuestras cabezas ya mojadas,
se transformaban en dulces licores.

Y enormes aves por doquier aladas
sembraban frutas de sabiduría
por preciosos corazones regadas.

Mas una sombra ocultaba la vía,
que no era muerte sino igualadora,
para llevarse de aquí el alma mía.

Respiraba sin más saber la hora,
porque mi corazón no temblaba al verte,
sino temblaba al ver el Dios que adoras.

Pues, te ofrezco mi corazón inerte
y mover el amor que dentro vuela
como la paloma de vuelo fuerte.

Mas sin conocer a la flor que anhelas,
yo no puedo enseñarte aquel camino
querida entre todas, querida abuela,
que con ansia marcaba tu destino.

Ven que te muestre querido sapiente:
tengo una espina clavada de rosa,
dice que para aprender una cosa
debo olvidar un recuerdo docente.

Yo no me creo el hablar tan demente
ni de la espina palabras que bosa
¿cuando en tu mente una idea se posa,
por el pasado se cambia el presente?

Pienso que debe el recuerdo guardarse;
debe seguir existiendo añoranza;
viva a tu lado la fiel esperanza;

como la luz nunca debe apagarse,
dentro de ti has de tenerla encendida
como después de la muerte la vida.

LA DESPEDIDA

Escucha una canción limpia y cuidada
unos labios que expresan ojos tristes
y procura llevarme sin despiste
a las almas del mar que están tiradas.

Escucha una canción enamorada
con los labios que estrellas me pediste,
con esos mismos labios me dijiste:
- Déjame ver contigo la mañana.

Aquella noche fue larga y oscura
mas tus ojos brillaban en mi alma
como brilla el sol en agua pura.

La mañana llegó con mar en calma.
Como rozas mi cara con tu palma,
el sol rozaba el agua con dulzura.

Ojalá con mis palabras
pudiera yo contar
los mágicos secretos
tan grávidos, repletos
de risa y de bondad.

Lo malo es la condena
que han de soportar
como una sombra negra
los poetas de la tierra
al tiempo de versar.

No podré sacar de dentro
jamás podré sacar
del alma con denuedo
igual que como quiero
mi angélico pensar.

Qué pena que los hombres
que quieran relatar
sus dulces experiencias;
sin sangre, sin violencia,
no se puedan expresar.

La vida del poeta
es un continuo escapar
de palabras, de personas,
de cárceles, de estrofas,
de esa sombra mortal.

Te esperé bajo la lluvia traicionera
pensando en las palabras, todavía,
que al oído me dijiste algún día
cuando aún tu voluntad era sincera
¡Qué pena que tu mente pendenciera
en mi alma no encontrara a aquel poeta
cuyos versos algún día cual saetas
penetraron tu armadura hasta su meta!

7.2.01

Contaré lo que queráis de mi vida,
diré mis sentimientos más profundos,
hablaré de misterios de otros mundos
y escribiré un adiós de despedida.

Mas no pidáis jamás, que nadie pida,
que en unos cuantos versos, en segundos,
describa yo con párrafos rotundos
el día de mi muerte tan temida.

Pues muerto ya, buscando una morada,
jamás podré cantar con la voz fuerte
de mi corazón la más bella balada.

Os podré describir si tengo suerte
los íntimos secretos de mi almohada
salvo el momento triste de mi muerte.

25.5.01(Adaptada a soneto)

A José Fernández, mi abuelo,
marinero en tierra.

Eterno joven, padre de María
que en un rincón de España, refugiado,
antiguo pirata, cicatrizado,
cambiaste tu valor por alegría.

Tostado garruchero de Almería,
vetusto marinero, licenciado,
el más glorioso campeón de nado,
¡oh padre, fundador de mi poesía!

Desvela mi onírica alabanza
y encontrarás en ella a un aspirante
que ante todo mantiene la esperanza

de hallar la más ligera semejanza
siendo sabio, benigno y elegante,
con su viejo y querido navegante.

Domingo, 20.5.01

Qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus
esse
Séneca

Con mi saber mis recuerdos enfrento,
buscando por mi mente una respuesta
que sane cuando llegue la intempesta
mi corazón sin acompañamiento.

Pues solo me quedé, camino lento
y sólo a mis preguntas ya contesta
el alma prisionera y deshonesto
que algún dios me endosó en fatal momento.

¿Por qué - demando yo con pesimismo -
confuso y criticado por mí mismo
no vi a mis compañeros nunca más?

Responde Séneca con laconismo :
Hazte primero amigo de ti mismo
para poderlo ser de los demás.

1.6.01

Si yo pudiera escribir
los versos que nunca he escrito
olvidados en mi cuarto
volando como suspiros
- ideas que a la mañana
cual joven barco perdido
navegan por los océanos
de mis sueños peregrinos-
comprendería mi vida,
la de todos mis amigos,
resolvería misterios
de los mundos infinitos
y emprendería sin miedo
hacia Dios el camino.

Si yo pudiera escribir
los versos que nunca he escrito,
salvaría vuestra vida
de las rejas del destino
que, de penas construidas,
cual a aves del paraíso
os ocultan la alegría
de poder ser seres vivos
y esconden vuestros talentos
entre sombras y escondrijos.

Si yo pudiera escribir
los versos que nunca he escrito,
te amaría sin el riesgo

de, tras haberte querido,
tener que sufrir tu muerte.

Si yo pudiera escribir
los versos que nunca he escrito
os juro despejaría
la incógnita del amor.

6.6.01

Yo nunca he visto a un poeta morir
porque los poetas nunca mueren,
sólo alzan las alas hacia los versos
que en su vida les dio tiempo a escribir.

No sufras por la muerte de un poeta
porque los poetas nunca mueren,
sólo cambian la dirección de su alma
como al viento se rinde la veleta.

No llores si perdiste a tu poeta,
si apreciaste en su vida más sus versos
que lo que te decía con palabras.

Llora, en cambio, cuando haga una poesía,
pues sabe con certeza que ese día
una soga está ahogando sus entrañas.

6.6.01

Desfiladeros cada día salto
cambiando de lugar completamente
al tiempo que mis pies con la corriente
me guían por caminos de basalto.

Caminos castigados sin asfalto
que abrasan mis pies silenciosamente
como reptar a mi lado una serpiente
mordiéndome el talón sin sobresalto.

Varían misteriosas las veredas
florecen seres vivos a mi lado
pasan ríos, desiertos y arboledas.

Cuando vuelvo la vista ya cansado
observo con terror una explanada :
después de todo no ha cambiado nada.

9.6.01

Te marchaste sin decirme lo que esperaba
como una nube pasajera que no llueve.
Huiste por aquellos caminos de nieve
por los que hace tiempo contigo paseaba.

Flotando en el aire se quedaron los besos
que yo, sin dudarlo, te habría regalado;
y esos mismos labios que te habrían besado,
esos mismos labios te maldicen posesos.

No se encontrará tu mirada con la mía.
Las horas serán días y los días años,
y ya mis labios siendo errantes ermitaños
buscarán una ermita para el nuevo día.

Créete que después de tan duro contratiempo
mi alma se ha internado en el mundo de la muerte
y aquel corazón que te pareció tan fuerte
hoy es carne débil marchita con el tiempo.

10.8.01

Estas palabras mías son los besos
que te quisiera dar en la distancia,
por que encuentres en ellos una estancia
para tus tétricos sueños aviesos.

Querría liberar tus ojos presos,
y lucirlos con grávida elegancia,
hasta que la Muerte, dama de Francia,
me admita devolvértelos ilesos.

¡Recógelo! Mi corazón es tuyo.
Desángrame las venas por completo.
Mátame si me duermes con tu arrullo.

Que mi sangre son lágrimas de viejo
y mi tinta una lágrima de amor.
Rómpeme por tus ojos; yo te dejo.

28.11.01

Querría hacer metáforas contigo,
compararte con hadas y princesas
y decir que tus suspiros son fresas
que escapan de tu boca sin abrigo.

No soy más que de tu amor un mendigo
y no te puedo hacer grandes promesas
ni profundas metáforas, de esas
que al corazón lo dejan como a un higo.

Querría destriparte las entrañas
y crear una poesía con tu nombre
y guiarte de la mano a las montañas.

Mas no conozco facultad en hombre
que te encuentre parecido con nada,
de lo bonita que eres, ¡condenada!

30.11.01

¿Por qué será que cuando sufre el viento
la ausencia de tu cuerpo deseado,
desata su furor huracanado
y abate el corazón en un momento?

¿Por qué será que cuando nota el viento
que ya rozas el aire suyo airado,
descansa sobre ti esperanzado
su mirada de cómico esperpento?

Será que eres el agua de su fuente,
la noche que acaricia su mirada,
el estro que navega por su mente;

y fluyes por sus venas cual torrente
y actúas en sus sueños como amada
e inspiras sus poesías dulcemente.

30.11.01

¿Para qué –me pregunto– estudio arte
repitiendo mil nombres sin sentido
de las obras y autores que han vivido
millones de siglos sin encontrarte?

¿Para qué aprenderme cómo amarte
en las obras de poetas que han sido
infaustos por no haberte conocido
y por no haber sabido ni buscarte?

Dejaré de estudiar por no perderte.
Me alejaré a las estrellas volando,
y desde allí ya siempre podré verte.

Libre, todo contigo iré olvidando;
seré ignorante mas podré quererte,
moriré idiota, mas moriré amando.

30.11.01

Noche en el recuerdo ya pasada
que me acechas cada instante enamorada,
¿no podrás encontrar otra morada
donde silenciosa descansar?

Despertaste el amor en mi vida
manteniendo por las noches encendida
mi pobre alma de tu ausencia transida,
abrumada de tanto esperar.

Me diste la ninfa que en mi mente
desde que yo era niño etérea vagaba,
sin saber que ausente preparaba
despertar mi corazón eternamente.

2.1.02

Cualquier imagen que en mis sueños crece
al dormirme de día en cualquier parte
erigiéndose como obras de arte
a una imagen tuya se parece.

Y al mirarte mi cuerpo se estremece,
y en un intento vano de tocarte,
cuando mis labios quieren ya besarte,
tu sueño irreal desaparece.

Nadie comprende la cárcel en que vivo,
encerrado tras barrotes de ilusiones
que me impiden ofrecerte las pasiones
que sólo me acompañan cuando escribo.

9.1.02

En el mar escribieron los narvales
un "te quiero" de estelas invisibles,
ríos de lava al pie de las estrellas,
con sus lanzas de necia inteligencia.

Tú elogias su trabajo marineró;
deseas en mi verso esas heridas,
pides que tiña mi poesía en sangre,
mis dulcísimas sílabas rajando.

Y así te escribo porque a ti te gusta;
A ti te quiero, te quiero, te quiero,
mis praderas de azucenas son tuyas.

Mis noches de luciérnagas y libros
y mis días de sueños y abejorros
te daré, créetelo, porque te quiero.

29.1.02

Lloraba una vez en mi cuarto solo.
Sintiéndome en la distancia me llamaste:
–Espérame a llorar contigo.
Nunca llores solo.
Y entonces lloramos los dos juntos
compartiendo las lágrimas,
compartiendo los suspiros,
compartiendo el corazón,
que ya era uno.

Llueve en una noche muy oscura.
Parece que el cielo también tenía ganas de llorar.
Los dos lloramos tristes de ausencia.
Él por la luna, que, con sus propias nubes,
ha tapado.
Yo por tu alma, que, con mis palabras,
he destrozado.

Llueve en una noche muy oscura,
y en la ventana me confunden
con un reflejo del cielo.

¡Oh, mar! Le prometí que nos casaríamos, que tendríamos cuatro hijos, que seríamos ricos, que tendríamos una casa enorme y que ella la decoraría, que seríamos felices, que cumpliríamos nuestros sueños, que dormiríamos juntos y nos miraríamos a los ojos al despertarnos, que nunca nos olvidaríamos...

¡Oh, mar! Le prometí que estaría siempre a su lado y que nada jamás nos separaría.

No puedo más, estoy llorando, y las lágrimas que caen parecen las promesas que le hice y que no he cumplido y que ya nunca podré cumplir.

¡Oh, mar! Ayúdame, porque la he traicionado, porque la engañé, porque me fui y la dejé sola, porque no cumplí las promesas que nos mantenían unidos.

Nunca más volveré a hacer promesas. Llévatelas en forma de lágrimas al horizonte, donde nadie las encuentre nunca.

¡Oh, mar! Déjame al menos cumplir la promesa que me habría gustado hacerle antes de irme: Déjame volver a verla algún día.

Abuela,
que me embarco n el viento
y la brisa me aleja.

Abuela,
te quedas con las olas
y yo me voy a tierra.

Abuela,
¿dónde estarán mis besos?
¿dónde tu voz me espera?

Abuela,
el mar está sangrando
porque lloras de pena.

Abuela,
los peces están muertos,
los ángeles no vuelan.

Abuela,
no te quedarás sola,
siempre serás mi abuela.

Abuela,
el mar te necesita,
no llores tú de pena.

Abuela,

sonríe como entonces,
tu infancia está en tus venas.

Abuela,
siempre estaré a tu lado,
despídeme contenta.

Abuela,
la noche está en tus ojos
sin luna y sin estrellas.

Abuela,
amanece mi marcha,
ilumina mi vuelta.

Abuela,
quiero verte guapa
con risa de princesa.

Abuela,
diles que me he ido
al mar y a las estrellas.

Abuela,
estaré en tu silencio
y en tus noches en vela.

Abuela,
no llores,
que en tus lágrimas

navego de tristeza.

Abuela,
cuando me haya marchado
no me esperes despierta.

Abuela,
que yo triste estaré
esperándote en tierra.

Abuela,
te escribo con el alma,
no llores tú sin ella.

Abuela,
recuerda estas palabras
y siénteme muy cerca.

Abuela,
tendrás a las gaviotas,
prométeme quererlas.

Abuela,
que me embarco en el viento.

Abuela,
que te quiero.

Garrucha
17.8.02

Tengo los ojos llenos de poesía,
sólo veo amor y mariposas
libando las estrellas pesarosas
trémulas, de colores de ambrosía.

Me dieron estas lentes de poesía
el día que nací de entre las rosas.
Mis florales hermanas vergonzosas
me contagiaron su melancolía.

A la naturaleza mi alma había
vendido sus escamas poderosas;
y ya, henchido de amor y mariposas,
mi alimento cordial era poesía.

Tengo los labios llenos de poesía
recordando con pena aquellas rosas,
que me dieron sus lágrimas hermosas
y su corazón de melancolía.

Odia mirar el mar porque es inmenso.
Su infinito camino le estremece
y a cada ola el dolor en su alma crece
inundado de aquel piélago intenso.

Odia mirar el mar porque está solo.
La irónica soledad de sus vientos
toa su corazón entre lamentos
y le deja en sí mismo solo, solo.

Odia mirar el mar porque es del cielo:
estrellas que cayeron azuladas
a la arena amarilla, enamoradas
de su color, luciérnagas de hielo.

Odia mirar el mar porque hace ruido
y le abrasa el silencio de la nada
y obliga a su memoria abandonada
a recordar aquel naufragio. Olvido.

Odia mirar el mar porque es reencuentro
con lo que olvidó una noche de brisa,
con las lágrimas que escondió su risa
y con lo que debió sacar de dentro.

Odia mirar el mar porque otras veces
paseaba con su amada por la arena,
librando a las estrellas de su pena
y alimentando de amor a los peces.

Odia mirar el mar porque está muerto.
Muerto está y siembra muerte a navegantes
que, de su perversidad ignorantes,
no dejaron sus vidas en el puerto.

Por eso tira piedras a sus olas,
porque ellas se llevaron a su amada
de espuma de azucenas encerrada
dejando a las estrellas solas, solas.

Por eso lanza gritos destrozados,
porque el mar robó al cielo los luceros
y sus ojos, que no eran marineros,
murieron en el piélago ahogados.

Odia mirar el mar porque no hay nada.
Nada en su soledad ni en su mentira.
Se marcha desolado, ya no mira
las aguas que mataron a su amada.

Y, odiándose a sí mismo y sin pensar,
vuelve como si nada con las rosas,
que un día le advirtieron virtuosas
que no se enamorara nunca del mar.

Incomprendido en el mar
como una piedra más.
Alejado del cielo
y, bajo el cielo, solo.
Solo bajo el mar.

Incomprendido en el mar
como una estrella más.
Reflejado en el agua
y, en el agua, llorando
lágrimas de sal.

Incomprendido en el mar
como un suspiro más.
Volando por la brisa
y, en la brisa, cantando
sin poder amar.
Incomprendido en el mar
como un náufrago más.
Olvidado en las olas.
Ellas la secuestraron.
Nunca volverá.

Incomprendido en el mar
como agua.
Nada más.

Me esperabas en tu cuarto
viendo en la noche llover.
Tu alma era una rosa
temblorosa y ya sin fe.

Le regalaste a la luna
tus lágrimas de mujer
y le dijiste vencida:
“Yo nunca le olvidaré”.
La tristeza más profunda
se escondió bajo tu piel.

Al otro lado del cielo
yo te esperaba sin fe.
Intentaba distraerme
escribiendo en un papel;
pero al verlo tan intacto
me recordaba a tu piel
y escribí sumido en llanto:
“Yo nunca la olvidaré”.
Las palabras empapadas
se escurrían del papel.

Tristísima noche aquella.
Tristísimo cielo aquel.
Los dos dijimos a un tiempo:
“Nunca le volveré a ver”.

Y la luna apagó sus pupilas
y dijo: “Nunca os olvidaré”.

¡Cómo echarás de menos cuando me haya
[marchado
mi voz que tantas veces callaron tus palabras!
La recordarás siempre con el corazón roto
y lamentarás no haber sabido aprovecharlas.

¡Cómo desearás oír mi voz ronca de nuevo
rozando tus oídos con dulzura escarlata!
Sonará su resonancia falsa por las noches
y tú la apartarás de tus sueños asfixiada.

¡Cómo echarás de menos cuando me haya
[marchado
mi voz que despreciaste cuando aún eras mi amada!
Y yo te gritaré desde mi soledad triste
sabiendo que ya no me queda por perder nada.

¡Cómo lamentarás no haber sabido escucharme
en esas dulces noches de olvido solitarias!
Y yo arrojaré a la hoguera del recuerdo
las palabras que no te dije porque tú hablabas.

Ya no hablarás con nadie por miedo a no
[escucharle
y por miedo a dejar sola otra vez tu alma.
Y yo ya no hablaré por miedo a recordarte
cuando me escuche atentamente mi nueva amada.

¡Cómo me echarás de menos cuando me haya ido!
¡Cómo añoraré que tu dulzura me callara!
Y en el mar de tu voz me ahogaré sin resistencia
y el eco de mi voz te ahogará desesperada.

Llorarás perdida las noches de mi silencio
y yo escribiré versos las noches que me hablabas.
Y todo fue porque no supimos darnos cuenta
que en mi silencio y en tu voz
la noche nos amaba.

Se encontró a la poesía una princesa
y le preguntó por qué estaba tan triste:
¿Por qué estás di, poesía, tú tan triste
si tienes a tu lado a una princesa?

La poesía miró y vio a la princesa
y volvió a sonreír su boca triste:
Hasta ahora yo he estado siempre triste.
Hasta que te he mirado a ti princesa.

Preguntó la princesa a la poesía:
¿Y cómo secuestraron tu alegría
despertando tus lágrimas penosas?

Respondió temblorosa la poesía:
Robaron de mis versos algún día
los cisnes, las princesas y las rosas.

¡Enamórate, rosa!
Ya estoy enamorada.
Si en verdad lo estuvieras,
no estarías tan blanca.

Yo he visto rosas rojas
amantes del amor
y por enamoradas
ése era su color.

¡Ay! No me digas eso,
que yo por el amor
me puse así de blanca,
pues di hasta mi color.

NANA DE LA PRINCESA

Se dormirá la princesa. Se dormirá
entre almohadas de nubes
y sábanas de mar;
entre cisnes que nadan
en lagos de cristal.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
entre estrellas fugaces
y sueños de coral.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y sus labios juguetones
se irán a otro lugar.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y soñará con un príncipe
que siempre la amará.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
en un colchón de plumas
y de felicidad.

Se dormirá la princesa. Se dormirá
y el príncipe entonces
dejará de cantar

Ya bosteza la princesa.

Ya bosteza
su boquita de cereza.

Ya bosteza la princesa.
Ya bosteza.
Dejémosla que se duerma...

Ya no llora la rosa.
Ya no lloran
sus pupilas rojas.

Ya no llora la rosa.
Ya no llora.
Dejémosla que ría ahora...

Ya navega lentamente
el cisne por la fuente.
Ya no siente.

Ya se aleja dulcemente
el cisne por la fuente.
Dejémosle que se aleje...

Y en tu recuerdo desearías
revivir aquel pasado,
pero estás encerrada
tras mis barrotes de amor.
Con eso vives.
Con eso te conformas.
De mí recibes fuerzas
para olvidar lo que perdiste
y nunca volverá.
Aunque en tu recuerdo desearías
que algún día volviera.

12.4.02

He amado cada letra que no estaba en tu nombre.
He amado cada día q no me recordaba a ti.
He amado cada palabra que no me decías,
que me decían otros, q me decían otras.

He amado los lugares donde no estuve contigo
He amado el olvido de las noches sin pestañas
He amado las mentiras que no te recordaban,
que me recordaban a otros, que me recordaban a otras.

He amado el ruido de las calles sin sentido,
He amado el día en que te dejé de amar
He amado el día en que nos fuimos de repente
y vinieron otros, y vinieron otras

He amado tantas cosas por dejar de amarte...
He creído tantas cosas por arrancarte de mi alma...
He esperado tanto tiempo a que te fueras...

Y aún sigues aquí, tan lejos que estás cerca
y seguirás siempre allí clavada
aunque te maten otros, aunque te maten otras
allí clavada
aunque el mundo se resista a aceptar
que yo estoy hecho para ti.

Te amé en silencio tanto que un día me miraste
como quien mira a aquel que le sigue en la distancia

y el aire se partió en pedazos infinitos
y el tiempo derrumbó las paredes de la infancia.

Me quisiste, admítelo, al menos ese instante,
tanto como te quise yo desde que te amaba.

Los dos éramos uno, unidos por un puente
que en silencio cruzaban sólo nuestras miradas.

¡Ah! Recuerdo aquel día en que por fin me miraste
después de tanto tiempo, de tantas madrugadas.

Mi seguro corazón creyó que ya eras mía
y te dejó escapar en brazos de la confianza.

El puente del amor que tendimos de uno a otro
por tu lado tenía la puerta aún cerrada.

Creí que me amarías tan sólo con mirarme
Olvidé que al amar hacen falta las palabras.

Y aunque intenté que vieras mi secreto al mirarnos,
no tenías por qué haber sospechado nada.

Por eso, aunque te fuiste, te he escrito hoy estos versos,
aunque seguramente ya no sirvan de nada.

Por eso, aunque te fuiste, te escribo hoy estos versos,
porque hay cosas que quedan aunque un día se vayan,

porque sé que me quisiste al menos ese instante
porque sé que te quiero cada hora q pasa

porque sé que nadie como tú aquel instante
ha sabido decir tantas cosas sin palabras,

porque la próxima vez que me mires no quiero
que el silencio te obligue a apartarme la mirada,

ni me mires como al que te sigue desde lejos
y se queda siempre lejos... sin decirte nada

Algunos...muchos dicen...dirán que la vida es un
camino,
un río que fluye, una esperanza
Yo...ahora, no creo moverme,
no percibo el horizonte
Si el mundo de verdad es un camino
yo estoy quieto
y no hay nada más terrible
que ver al resto quietos a mi lado
haciendo que se mueven,
mirándome de lejos desde cerca,
andando hacia ninguna parte
con la vista perdida
en un horizonte
al que algunos...muchos dicen...dirán que
han llegado.

No debí haberte escrito tantas poesías.
El eco de sus lágrimas retumba aún en mi alma.

Si no hubiera cantado las noches en tu ausencia
hoy no me acordaría de que un día te amaba.

Lo sé, se fueron muchas, muchas que deberían
haberte camuflado en un amor de esperanza.

Pero yo ya no espero ni volver a tenerte
aunque una vez fuiste todo lo que esperaba.

Para no haber perdido mi corazón por siempre,
no debí haberte dado mi amor en mis palabras.

Y no debí volver a leerlas una noche
con el alma indefensa y el eco de las lágrimas.

Es tu mano la mano que me dan otras chicas,
son tus ojos los ojos detrás de sus miradas.

Es tu voz el susurro que vuela y me estremece
cuando otras al oído dulcemente me hablan.

Y estás en mis poesías y estás en mis recuerdos
y estás en las sonrisas que veo en todas las caras.

En mi cama, despierto, te vigilo, dormido,

te sueño y aún hay alguien que tira de las sábanas.

No debí haberte escrito de amor esas poesías.

No creí que el amor como los sueños se acaba.

No pensé que no sólo acabaría contigo

sino que para siempre con todas se acababa.

Y ya porque te amé no puedo volver a amarte

ni puedo amar a las demás, porque te amaba.

Si hubiera sido ayer, quizás aún,
pero hoy ya no, no sé qué me ha pasado.
El amor se acaba. Era verdad
que se puede quedar para siempre olvidado.

Si hubiera sido mañana, todavía,
pero hoy no, de repente hoy te he odiado
y cuando menos quería saber de ti,
justo, después de tanto, me has llamado.

Si hubiera sido luego, quizás, no sé,
en tu ausencia te habría perdonado
pero en este preciso instante
tu voz me lo ha recordado.

Si hubiera sido ayer, quizás, aún
me quedara algo de amor desorientado.
Si hubiera sido mañana, todavía
podría haberlo recuperado.

Pero hoy no, no es ni tarde ni pronto,
tu corazón simplemente ha llegado
cuando no tenía que llegar y eso es todo
lo que bastaba para apartarte de mi lado.

Tenía ganas de llorar
pero no lloraba,
no fueran a descubrir
que estaba triste.

Tenía ganas de llorar
pero no lloraba,
por eso el corazón
se le llenó de lágrimas.

No murió él;
murió el poeta.
Murió el ángel
capaz de distinguir lágrimas entre la lluvia.
Murió el niño.

No murió él;
murió el poeta.
Murió el ángel
que encontraba cisnes en las nubes.
Murió el niño.

¡Llorad!
Porque no murió él,
murió el poeta
que lloraba los días grises.
Murió el niño.

Ahí está Pepe Frijuana:
en una mano un libro
y en la otra una manzana.
Y, al morder, tiemblan las letras,
y, al leer,
tiembla su alma.

Perdí la felicidad,
no sé, fue un día,
de repente vi que poco a poco
se me había ido cerrando la sonrisa.

Perdí las ganas de vivir,
no sé, fue una noche,
de repente vi que las estrellas
ya no alumbraban en mi nombre.

Perdí las esperanzas,
no sé, fue una tarde, o dos, o tres, o cuatro.
El futuro fue cerrando las pestañas
al bajar la persiana de mi cuarto.

Y un día, sí, lo sé, aquel día
escuché aquella música, vi esas fotos
y al salir de mi cuarto sonriendo
supe que volvía a ser otro.

No me han hecho las piedras de recuerdos
ni me han dado su piel para que llore.
No me dieron su vida de silencio
para que yo me calle
y nunca me enamore.

No le dieron su amor al movimiento
para escapar a un mundo sin colores
ni para ser el sol que está en el cielo
y se queda sentado
lejos de las flores.

No, no me dieron su sangre de desiertos
ni una vida enterrada en los temores.
No me han hecho las piedras de recuerdos.
Me han hecho de promesas
y de amores.

¿Cuántas estrellas caben en el cielo
en las noches que paso a solas?
A ti como nunca te importaron esas cosas...

¡Cuántas estrellas me dejaste
en mi ventana rotas
como quien le da a un niño un caramelo
para que no abra la boca...!

Caben demasiadas estrellas en el cielo,
caben demasiadas cosas,
demasiados recuerdos esparcidos por la noche,
demasiados pétalos de rosa.

Caben demasiadas palabras con sentido,
demasiadas imágenes borrosas
y miles de corazones para ti...
pero a ti nunca te importaron esas cosas.

¿Cuántas estrellas caben en el cielo
en las noches silenciosas?
Las contaría una a una
si las pudiera contar todas,
si no fuera una tontería
porque a ti esas cosas no te importan.

¿Por qué lloras? No hay nada que no pase.
Acabarás cambiando ese dolor por un beso.
Acabarán brillando las estrellas. No llores.
Desde allí te saludan las almas que murieron.

El amor no se acaba. Era mentira.
Lo único que se acaba son los cuerpos.
Pero a la noche no le importa, sigue apagando
todos los días, para que te quieran, el cielo.

¿Por qué lloras? Hay cosas que no vuelven,
pero mira a esa viuda sonriendo.
Se puso en las heridas de la muerte
tiritas de recuerdos.

Lo sé. Hay muchas veces que es terrible
vivir ciertos momentos
y no hay rincón del alma que no hayas recorrido
para buscar un poco de consuelo.

¿Por qué lloras? ¿No ves nada que tenga
un poco de sentido para ti, un destello
de esperanza en la vida al que agarrarte,
algún verso de amor, de esos que paran el tiempo?

Sí. ¿Para qué parar el tiempo ahora
si lo mejor es que siga corriendo?
Te digo que la vida da sorpresas
y todo lo que quita lo acaba reponiendo.

¿Por qué lloras? Verás qué pronto te llama un ángel
y te cumple un deseo.
Verás qué pronto llega una mirada

y se posa en alguno de tus sueños.

Lo ves. Ya son suspiros las lágrimas de antes.

Pronto serán bellísimos recuerdos.

Y luego acabarán siendo palabras que den
a quien como tú llore, aliento.

Dame un abrazo. No es tan malo llorar a veces.

Nadie nos prometió una vida sin sufrimiento.

Y aunque nadie nos dijo nunca por qué morimos,
tampoco nos contó por qué nacemos.

Ahora dame la mano y miremos los dos juntos

aquella estrella que ayer no brillaba en el cielo.

Quizá entiendas que los mismos por los que se sufre tanto
son los que nos dan luego la mano y el consuelo.

NUEVA DESPEDIDA

No es que quiera decir que no a mi alma
pero es que ya van siendo demasiadas cosas tristes.
Volver a amar me trae un raro recuerdo
de poesías de amor y noches grises.

No es que quiera decir que no al silencio
pero es que creo oír lo que el silencio dice.
es que creo que hay algo en estas noches
que en la oscuridad de los latidos se repite.

No es que quiera decir que no a los sueños.
No es que quiera olvidar que un día quise.
Porque sé que quise y acepté que se acabara
y no me arrepiento de nada de lo que hice.

No es que quiera decir que no por ella,
pero el olvido y el corazón nunca coinciden,
y esta noche quería hablar de amor
sin acabar como siempre escribiendo cosas tristes.

Y por eso le quiero decir que no a mi alma.
No porque esta noche ya no la necesite,
sino porque a veces me gustaría poder amar
y escribir a la vez cosas felices.

Recordaste aquel tiempo en que solías
fabricar uno a uno cada verso
y pensaste:
¡Ay! ¡Cuánto corazón murió en silencio!

Recordaste las rimas como flores
que veías crecer en tu florero
y exclamaste:
¡Cuántas letras vacías en el viento!

Recordaste aquel ritmo que te hacía
dormir con los bolígrafos abiertos
y gritaste:
¡Cuántas poesías bellas y melódicas
pero con corazones de cemento!

Pesaba menos. ¡Dios mío!
Pesaba menos después de escribir esa poesía.
Como si hubiera perdido alma,
como si se me hubieran caído trozos de melancolía.
Pesaba menos. ¡Dios mío! Pesaba menos.
Como si las palabras pesaran, como si pesara la vida,
como si se me hubiera escapado tristeza
en miligramos de poesía.